YAKUZA

Francisco Ide Wolleter

1era Edición: Cinosargo Ediciones, 2014.

“-¿Qué lo trae por aquí?

- Las pocas muertes.”

La recta provincia (Raúl Ruiz)

INMIGRANTE

Abandoné la familia

por un ciber con tragamonedas

y sushi en el infierno

como un oso panda hipnotizado

en la ingesta interminable del bambú

mis dedos mutilados se consuelan

con mails que tecleo

y no te envío

y no te llegan.

UNA HISTORIA VIOLENTA

Camino por esta playa desolada

la guayabera abierta, la guata al aire

arrastro tigres, serpientes destripadas

y samuráis sin cabeza por la orilla

los koi saltan de mis hombros y

se ahogan en la arena

los dragones de mis brazos

ahora gusanos descoloridos:

columnas de humo con olor a neumático

les salen por la boca y por el culo

mis venas una barricada reducida

una micro incendiada la tarde entera

en mi camisa hawaiiana las palmeras marchitas

los tucanes desafinados las mujeres polinésicas

con quemaduras de cigarro en piernas y mejillas

llegué a esta caleta con la ropa y la piel poblada

mírame ahora, un despojo, un despoblado

me salen tentáculos tajeados de la piel

que era una estepa / a mi paso dejo lastres de tinta

soy un pulpo estrellado contra las rocas

silueta de hombre / petroglifo que adorna

la pared de una casa en Hiroshima:

después del hongo nuclear

miramos con sospecha el futuro en nuestra sombra

mi sombra, en la arena, tiene la forma de un cuerpo que flota

con cuarenta puñaladas, en un charco, devorado

por los cerdos.

JACARANDÁ

Bajo la sombra lila del jacarandá

contemplo la única foto tuya que guardo

y te lanzo shurikens con la mirada

los lanzo levemente desviados

con la secreta esperanza de que sientas

el metal frío y afilado de una estrella

rozándote la frente.

LA VENUS DE VELÁZQUEZ

I

Me miras por el espejo retrovisor.

El sol del crepúsculo se ahoga en el alquitrán de tus gafas oscuras.

Llevas el rostro bronceado por pensamientos ágiles y venenosos

como dragones de komodo.

En la fuga el cerebro opera bajo el efecto de una droga.

El vehículo gira sobre su eje como el percutor de un revólver

en sesión de ruleta rusa y espiritismo.

Trozos de vidrio orbitan satelitales /

dardos de hierro que la piel imanta.

La cabeza incrustada al parabrisas

siete hachazos de metralla / lluvia de corales sobre tu cuerpo.

II

desfiguraron las flores del jardín

las macetas, el estanque de agua clara

asesinaron a mi mejor amigo a mi madre

a mi abuelo a mi perro ante mis ojos

yo de pie protegido tras el muro de la balacera

sin lágrimas bajo el diluvio de cenizas

con apenas un tatuaje al centro de la espalda

primera pieza de una máquina

en guerra con el mundo:

“Bienvenido a tu familia verdadera”.

A Mary Richardson

ENTRENAMIENTO

Al centro, como cicatriz, un tordo herido

se posa sobre el farol agujereado

de un puente cualquiera.

El agujero dosifica la sangre

y pronto el farol parece una luna roja, Marte

raro eclipse ante esa luna diurna, de artificio.

De esta imagen, central, se arma un zodiaco, un sistema

en que hombres y mujeres luchan contra tigres

cubiertos de ideogramas borrados por la lluvia.

Un dragón / enjambre de moscardones

combate contra peces dorados

en un mar de piedras preciosas y dientes de oro.

Yo solo sé sudar sobre estos escenarios sin historia.

La realidad es más simple: estoy solo

y veo caer la tarde

mientras practico con mi linchaco.

Muevo con gracia el linchaco entre los átomos

incontables horas

y mi pensamiento es un tatuaje

y el tatuaje es un mantra

con nombre de mujeres:

¡Ah, Venus Atrapamoscas!

¡Ah, sublime Eva G.!

¡Ah, Yasunara Satori,

reina de pulpos

en mi patria perdida!

CARNE TATUADA

No había tabla

entonces

corté la carne asada

sobre papel

de diario

la tinta del diario

impregnó la carne

ofrecí

yakuza.

PRIMERA CARTA

I

Mi aura es azul, supongo
como este barco ballenero que atraviesa
ríos de sangre obsequio del mar o de la noche.

Tengo la piel poblada de monstruos sin historia.

Ya no habito el lenguaje capaz de nombrar
ciruelos y katanas indistintamente.

Recuerdo el contacto de tu piel, la temperatura:
le han dado mis falanges mutiladas a los cerdos
mis dedos te recorren todavía entre jugos gástricos.

II

Montado en la ballena fratricida

todo lo que toco queda faenado

¿cómo subsistir con estas manos envenenadas

y esta lengua que solo sirve para repetir tu nombre inútilmente

mujer mía, patria mía?

M

Instalé un ciber con tragamonedas y sushi

en una provincia del infierno.

Por la noche cierro las persianas y parto como heladero

-kilos de monedas en los bolsillos-

al Trébol (un sitio horrible, con patente de alcoholes

y ceniceros de concha) a gastar lo poco.

Sorbo la cerveza por los colmillos

exhalo el humo / volutas de sangre escupidas sobre el agua.

Bebo hasta que mis venas se tornan animales lánguidos

y vuelvo al hogar entre la niebla empujando los órganos

de fantasmas que pueblan la noche a esa hora.

Camino y repito el gesto de beber por los colmillos

el viento, las bocinas, las alarmas.

Un nikkei amigo llegaba a mi casa de vez en cuando

con flores de ciruelo que cortaba con nostalgia por ahí.

Ahora vive en Dusseldorf y tiene una hija.

Sus flores, por fortuna, permanecen intactas

como volutas de sangre en el estanque

o el humo del tabaco sobre los dragones de mis brazos

cuando el calor es más fuerte que la vergüenza

y recojo las mangas

de mi camisa.

FORMAS DE BORRAR UNA IDENTIDAD

Un cuerpo sin dedos ni dientes

flota como cáscara de mandarina

pronto en la lámina nerviosa del agua

círculos concéntricos

aureola tocada por linternas

burbujas terminales exhalan ideogramas

mira desde abajo con ojos de molusco

la pequeña nave en que te imagino diminuta

flota un instante adherida como parásito

a este barco ballenero en que viajo y asesino.

Pienso que eres una bolsa de té

con la que intento, en vano, teñir el mar.

BONZO

“Es sábado y nada arde en mi templo de la muerte”

El incinerador de cadáveres (Juraj Herz)

Sobre mis hombros

pesan inmóviles

dos koi negros.

Mi cuerpo es un acuario hirviendo

en una habitación incendiada.

Las llamas, querida mía

no arderán diminutas

en tus ojos

porque estás lejos.

Un gesto inútil, dirán

pero me ofrezco de todas formas

en caso de que un día te aproximes

hambrienta: podrás

comer sobre mis hombros

beber la tinta

de mis tatuajes derretidos.

LA SANGRE POBLADA DE MONSTRUOS SIN HISTORIA

Era estepa

antes de la retroexcavadora.

Un hermano desenterró

la historia de las bestias

momificadas bajo la piel:

tigres, tordos, puentes

pulpos, sables, cuerpos.

Todo eso tenía sin saber

rondándome los órganos.

El exilio parece un cementerio

plagado de espectros descalzos.

Tengo sed siempre, Yasunara

quisiera beber de ti, fruta marina

la sangre:

un mismo torrente

una misma cosa:

mausoleo andante

en que se transforma

según dices

el cuerpo de un caníbal.

FÉLIX BAUMGARTNER

Rondaban los órganos: sombras

que se repelen bajo el agua.

En ese momento pensaba saltar desde la estratósfera

como el austriaco, pero sin traje, en pelota, hervir

cocerme en mi propia sangre:

quemar la casa con la familia adentro.

SCANNERS

Pruebo las sandías que venden en la feria:

hay que trozarlas con cuchillo carnicero.

Allá las cosas son menos salvajes hay más

control: las sandías no tienen pepas.

Dispararle con metralla a una sandía en Sudamérica

es infinitamente más realista.

Ahora pienso que cuando ametrallé la cabeza

de Yoshida “el-hijo-de-puta”

fue como ametrallar una sandía sudamericana:

la cabeza estalla

en pirotecnia de pulpa, pólvora y ceniza.

SEGUNDA CARTA

Aprovechando el desplazamiento y la velocidad

sacábamos la lengua por la ventana y comparábamos

los sabores de la noche tu aliento a sake barato

inédito como vapor de agua recolectado en los ríos secos

que dicen hay en la luna

los caballos cáscaras vacías cuya mirada terrible

era el vínculo entre un mundo y otro vino

pasado por tu boca

una exageración de jardines repletos de lavanda

ventanas de buses que acentúan las ojeras y tu boca

pronuncia atajos, claves sobre lo que escribo

cuando escribo que duermes miro el paisaje

y tapo con el cuaderno la luz de la estación de policía.

ORO NEGRO

Nuestros ojos conectados por un río de petróleo en lugar

de las dunas agonizantes claveteadas con arpones

crece maleza sobre las canaletas de la pensión

el sol vuelve amarillos tus ojos negros en la hierba

quisiera frotar mis pupilas en las tuyas

vela que enciende otra vela / pequeña chispa

alarde de rojo sobre el pasto seco.

INSTANT KARMA

Un poeta coreano dice que todo poema

es de amor y que

no pensar en la muerte es

no apreciar la vida.

Hay cosas por las que sería un goce y un honor, morir.

Tú eras un árbol delicado.

Era precioso ver la lluvia sobre tu pelo.

Las gotas rodar sobre tu frente.

Era la floración de la lluvia sobre tu rostro, Yasunara.

La sombra de la primavera frotándose sobre tu piel

como un felino.

Yo me condenaría feliz a la rueda del samsara

por ver tu rostro bajo la lluvia, Yasunara Satori

durante eones de tiempo

aunque sea en la forma de un insecto o

polvo de polen.

Quizás un día reencarne

en agua y tú, también, agua; coincidimos

nos mezclamos / partículas.

Algo nos bebe, calmamos esa sed.

O el sol, vapor (el sol nos bebe), lo que sea.

Una partícula.

Yasu mía

Satori mía.

UTENSILIOS

Es una maravilla la brutalidad del tiempo

sobre las cosas, los utensilios tiznados por el uso.

Escucho a *50' Cent*, frío batido de tempura y camarones

en la piel del enemigo: nuevas formas.

Beso a mis hijos sin embargo como mis abuelos

a mis padres y mis padres a mí y a mis hermanos:

imprimo en sus mejillas lozanas el almíbar del deterioro.

TRIZADURAS

La gravedad actúa sobre las mejillas

del chinchinero con alarmante belleza:

de tanto girar la sangre se aconcha en un punto

sobre los pómulos: marcas indelebles que deja el trabajo.

Tengo el casco de una bala incrustado en el fémur

varias cicatrices y algunos dedos mutilados

el musgo se seca sobre las casas y sobre las tumbas destrozadas

por el terremoto en el cementerio

general o el código de escritura con que se comunican

en esta república sudamericana.

YASUNARA SATORI

Junto a ella era un sanguinario

y no temía a la muerte

en el espejo viven

bestias aterradoras

acechan escondidas en el

zoológico abandonado de mi piel

esperan el momento adecuado

para quebrar la tersura reflectante

raptar y torturar

la forma en que me miro.

ESPEJOS DEFORMANTES

La tarde cae y los murciélagos son manchas de tinta /

láminas de rorschach ante los focos del Estadio Nacional.

Un hombre destroza el cemento con un mazo de cemento

otros lo rodean y lo miran.

En su chaleco reflectante los murciélagos espejean /

fragmentos diminutos de ceniza arremolinada.

TERCERA CARTA

He incorporado el lenguaje

como una especie de castigo.

Si allá el lenguaje es virus

acá es cuarentena, toque de queda.

Te explico: estás lejos.

Le prometí a un luchador de sumo

un tatuaje de cuerpo entero

pero de mirar nomás me canso

y colonizar cualquier huevada me parece despreciable.

No te alcanzo, no te alcanzo

y todos los barcos en que navego se hunden

y los pasajes de avión

son tan caros.

OBSERVATORIO

El sexo era un acto de supervivencia

se encendía la guerra en mi piel tatuada:

metal contra hueso / gargantas desgañitando /

katana en las carnes / cabezas catapultadas /

reguero espiral de tinta roja.

Sofocaba con sus manos una hoguera en mi espalda

o trazaba una trinchera con sus dedos en mi pecho

especie de dios caprichoso que moderniza

las tácticas medievales de guerra en mi piel.

Las bestias (tigres, dragones, samuráis)

se lanzaban feroces a clavarle los dientes y las garras:

agujas / pequeñas descargas eléctricas.

Teníamos sexo de día

como los protegidos de la luz y del verano.

Una noche quisimos estar solos

ir a oscuras, tanteando.

No hubo forma: todo el tiempo

las bestias contemplaron sobre mi espalda

el zodiaco de las pecas en tus hombros.

Dijiste que estabas segura de haber visto graderías

binoculares incluso un telescopio

y que cuando te besaba los hombros y el cuello

sobre mi espalda se escuchaban gritos diminutos

de asombro y de espanto

como si mi cabeza fuera un eclipse inesperado

o amenazara con destruir el universo.

VAPORES

"Cuando siempre tienes miedo / llegas a desear la muerte"

Sonatine (Takeshi Kitano)

Entre los carros de frituras aparecieron tus ojos de ave
extranjera y los vapores de la fritanga simularon
el aroma y la espesura del incienso.

En la pantalla de tus ojos se ve el mar.
Un cuerpo avanza entre las olas, con naturalidad
como entre los pasillos de un supermercado: la Muerte
veloz entre las olas, llega a la orilla y va a mi encuentro.
Viste bikini diminuto, huele a sexo y a bronceador de coco.
Me rodea como enredadera con sus piernas blancas de mulata
la penetro como quien hunde sus manos en la arena.

En la pantalla de tus ojos la Muerte era más bella que tú.
Si creí ver tu mirada un segundo entre el incienso de las fritangas
fue porque quería ver en tus ojos los otros ojos.

(por ti

me lanzaría al mar serrucho en mano

a cortar el cuerno de los narvales

y asestarle a la muerte)

MOONWALK

I

Todo es el sol cuando me desplazo

encorvado y sigiloso, en la actitud exacta

de un vampiro:

descalzo, los zapatos cuelgan del cuello

iguales a las trenzas de una anciana /

baldes de agua en que alguien traslada de contrabando

el reflejo de la luna.

El más leve ruido te amplifica

y quedas temblando: flecha

clavada en la garganta del enemigo.

En noches de inactividad y prisa

la mafia organizada se torna

guardería, internado

y uno intenta escabullirse

brotado de la sombra /

nosferatu que carga el peso de la luna

sobre las ánforas de sus hombros.

II

Voy en puntillas, descalzo

cuidándome de la brisa

que es el jadeo de una leona

en la siesta de su leonera.

Diferente al sándalo, al jazmín

al rododendro, el perfume de lo privado

se esparce en el viento cual sábana de sangre

y el guardia de turno te percibe

debes retroceder sobre tus pasos

cauteloso entre los leones, en la actitud exacta

de un vampiro

rebobinado.

DISCURSO AUTOCOMPASIVO EN LA ORILLA DE LA PLAYA

Dos aves rapaces se graznan sobre las rocas

como encantadores de serpientes

tras ellas el mar es un sistema

que observo con actitud de ajedrecista

soy una ciudad poblada de imágenes

inmóviles y violentas

una escena evocada fugaz

en la mente de alguien

ruinas que la marea cubre por las noches

vapor precario del sol al medio día.

REMAR LA MIRADA

Un auto blindado se desliza

por el callejón oscuro / gusano en los intestinos

de un cadáver aconchado entre las rocas.

El vidrio trasero baja, automático. De un árbol

azotado por el viento enjambre de mirlos graznan

a desbando / embarcación fragmentaria /

campanario de fantasmas huyen agitando sus cadenas.

Brazo blanco emerge de la penumbra del auto a la penumbra

de la calle silenciosa / ilusionista que saca de su bolsa

el cuello de una garza decapitada

lo siguiente es un disparo / luciérnagas saturadas

exceso de incandescencia. La calle teatro de sombras

impregnado en la pantalla de los shoji.

El espía vigila remando la mirada / riachuelos de estática

de interferencia. Oculto en el follaje de un espino florecido

su rostro pálido es un foco fluorescente

o un emisario de la luna entre las ramas

punto blanco / hueso que sale astillado hacia la noche

tras un movimiento de artes marciales

perfectamente ejecutado.

A veces olvidamos el sentido de la vigilancia, de la alerta.

Vigilar es añadir a tu soledad la presencia de fantasmas

voces de niños que ríen lejanos cerca del mar

no sabemos si desde la orilla o desde el fondo

si atrapados en las corrientes o entre la niebla.

RUTAS MARÍTIMAS

Miran el mar

a pesar de los charcos

los incendios forestales

a pesar de las fogatas.

Nos une

la contención y el alcoholismo

los sismos y el pacífico

las facciones incluso, el exilio

la tranquilidad del campo

repleto de cigarras que imitan

la música de las motosierras

ciertas miradas como de metal

afilado en la penumbra.

FULGURITA

Sometemos durante años la carne al cincel

del maestro tatuador.

Un tatuaje permanente para una piel

(aunque curtida, aunque de acero) perecible.

La piel alcanzada por un rayo queda tatuada

con forma de bronquios / ramas raquíticas

contrastadas contra un cielo cobalto

figuras de Lichtenberg, les dicen. Cuando un rayo cae

sobre el desierto la arena se cristaliza: fulgurita, flor del rayo.

El cuerpo es estatua de arena o árbol de raíces incendiadas.

Nos sumergiremos, tatuados, fuera del mundo.

Óleos reventados que la resaca del mar absorbe.

TELÉPATAS

No sé cuántos yenes pedían por mi cabeza

por el contenido de mi cabeza.

En ocasiones, sobre el techo o la ventana semicerrada

de algún edificio

veo todavía el reflejo de una estrella diurna:

catalejos, binoculares, cámaras.

Voy por la calle como hinduista

con el láser rojo del francotirador entre las cejas.

Cuando apuntan directo a la cabeza

no lo hacen a un sector específico del cráneo

quieren darle a un pensamiento: el francotirador es un telépata.

No sirve ocultar tu cuerpo, van a encontrar tu cuerpo.

La clandestinidad se trata de vibrar lejano

rastrear un pensamiento / borrar las huellas

que lo generaron / dibujar rutas en el agua.

Nunca entendiste eso

o no tuve tiempo de explicarte.

Lo cierto es que jamás te asesinaron.

La primera bala que se incrustó, quirúrgica, efectiva

en tu cerebro, era para mí. Le apuntaron a la imagen

que tenías de mí en tu cabeza.

No has muerto.

Si abro el agujero repleto de cal en que te enterraron

no vas a estar.

Si abro la caja en que te metieron hecha pedazos

no vas a estar.

Si rajo el estómago de los peces

que te devoraron en el fondo marino

no vas a estar.

No vas a estar incrustada en las muelas de los cerdos.

No estarás tampoco en el puñado de cenizas

que dejaron en la puerta de mi casa

como una especie de advertencia.

Yo barrí con mis pies un puñado de cenizas

y tú no estabas.

SEPPUKU (ÚLTIMA CARTA)

Me quedan unos cuantos dedos

y algo de dinero ganado limpiamente.

Un sudaca hijo de puta

me pegó una puñalada en el costado

y ahora hay un tigre muerto para siempre

en mi piel que era una estepa.

Lloro cada tarde

los plátanos orientales.

No tengo nada en este país de mierda.

No te espero.

Voy al puerto, al mar.

El sol de la mañana arde en el reverso de mis párpados /

légamo de vísceras vegetales.

La infancia está repleta de cirujanos:

diseccionan las alas de un coleóptero

o despojan a un gato de su piel como una fruta.

Todo lo que estaba unido acaba por separarse.

Enjambre de sismos a esta hora.

Vuelvo a la familia verdadera.

POSTFACIO (OJO FRANCISCO IDE, OJO POR OJO. SALUDOS.)

Durante el año 2011 mantuve una breve correspondencia vía mail con Yuji Ide, un corredor de carreras de la Fórmula Nippon. Su paso por las competiciones fue desastroso, lo llamaban *El Kamikaze*. Obtuvo las peores puntuaciones y provocó serios y ridículos accidentes. Nadie sabe con certeza cómo es que logró competir profesionalmente. Algunos conjeturan que accedió a las competiciones gracias a ciertos vínculos tránsfugos, ciertos favores.

Mi interés por contactarlo no tuvo, por supuesto, nada que ver con temas deportivos. Le escribí preguntándole sobre nuestro apellido en común y la posibilidad de antepasados compartidos. Un sudamericano en un país recóndito, emparentado con un corredor de autos fracasado, en Japón. Me parecía, por lo menos, curioso. Logré interesarlo sobre el asunto y me contó en un largo mail la historia de sus antepasados Ide. Unos migraron a la *Schwarzwald*, la Selva Negra, una región montañosa al suroeste de Alemania y allí se asentaron. Otro grupo, menor, migró a Sudamérica, al Perú, pero no se sabe nada de ellos. Quizás inmigración les modificó el apellido, quizás murieron todos. Lo típico.

Le envié unos poemas míos de temática japonesa, traducidos al inglés. No obtuve respuesta. Dejé de insistir. Un par de meses después me llegó un mail de una fundación (la "Yamaguchi-Gumi Foundation") que buscaba "promover el estudio de la cultura japonesa en occidente". En el mail se me proponía escribir un libro sobre cualquier asunto de temática japonesa.

Indagué un poco y averigüé que esta fundación nipona estaba financiada en parte por una fracción de la Yakuza, cuya finalidad es instalar el nombre de la "familia" en todos los lugares posibles. Los motivos son un misterio y no me atrevo a indagar más. Tampoco es que haya mucha información al respecto. Recibí durante casi un año la cifra de cien dólares mensuales. Escribí el libro, se los envié y al cabo de un mes me contestaron con un escueto "gracias, esperamos el pronto envío de la obra publicada".

Le escribí varios mails a Yuji durante el año que duró mi “beca”. No obtuve respuesta. Hace unas semanas vi a un hombre oriental tomando fotos en el puente Pío Nono a las gaviotas del Mapocho. Hacían 30° y tenía las mangas de la camisa recogidas, dejando ver los tatuajes de sus brazos. Los dedos: intactos. Vi a ese hombre y a dos más de iguales características, con sendas cámaras colgándoles del cuello, en varias ocasiones, durante alrededor de un mes. Luego desaparecieron. Jamás se me acercaron o me miraron siquiera. No eran turistas, de eso estoy seguro. Supongo que vinieron a constatar. O a ser constatados.

F. I. W.

Diciembre, 2013.

DE CÓMO LOS YAKUZA ME JURARON LEALTAD ETERNA

Me citan en el restaurante vietnamita

de Av. Salvador 1827.

En la parte trasera, de fumadores

espera un hombre de gafas oscuras y traje a rayas

casi camuflado con las paredes de bambú.

Desliza una maleta de cocodrilo

bajo el mantel damasco de la mesa y

solicita que me retire.

Me citan en el restaurante vietnamita

de Av. Salvador 1827

y en la mesa señalada

un hombre de gafas oscuras y traje a rayas espera

camuflado con la pared de bambú.

Me siento ante él

desliza un papel en blanco

sobre el mantel damasco de la mesa y

telepáticamente

me comunica que puedo retirarme.

Me citan en el restaurante vietnamita.

Unas gafas oscuras flotan

sobre la mesa damasco

ante las paredes de bambú.

Me siento ante las gafas

y busco con la mano el hilo del que penden:

una figura se dibuja y se despega

de la muralla de bambú:

un hombre con traje a rayas.

Me maravillo por su perfecto camuflaje.

Me citan en el restaurante vietnamita

de Av. Salvador

un hombre de gafas oscuras

espera perfectamente camuflado.

Desliza sobre el mantel damasco

una caja cerrada de madera blanca

y se mezcla definitivamente con la pared de bambú

quedando sólo unas gafas oscuras, que caen sobre la mesa.

Dentro de la caja, el mensaje:

un dedo meñique, amputado.